

Prólogo

Albuquerque, New Mexico

Fue fundada en 1706 por colonos españoles

Población: 560.000

Media de edad: 37,2

Ingreso familiar medio: 51.099 dólares.

Los cinco grupos étnicos más numerosos en Albuquerque son:

blancos (hispanos) (39.2%),

blancos (no hispanos) (38.4%),

otros (hispanos) (6.4%),

indígenas estadounidenses y nativos de Alaska (no hispanos) (4,03%)

asiáticos (no hispanos) (3,04%).

La tasa de delitos violentos en New Mexico es una de las más altas del país: 8,6 incidentes por cada 1.000 personas, en comparación con 3,7 en todo el país. Los delitos contra la propiedad también son más altos que la media nacional, con 34,2 incidentes por cada 1.000, comparado a 22,0 en todo el país.

New Mexico tiene más doctorados per cápita que cualquier otro estado.

New Mexico tiene más vacas que personas.

La Constitución del Estado de New Mexico establece oficialmente que New Mexico es un estado bilingüe y una de cada tres familias en New Mexico habla español en casa.

Dedico este libro al estado de New Mexico. Gracias por, no solo ser mi casa, sino mi hogar por tantos años, espero que un día nos reencontremos.

I dedicate this book to the state of New Mexico. Thank you for not only being my place of living, but my home. I hope we'll meet again some day. Stay enchanted.

Primera parte

I

El sol entró por la ventana, iluminando casi todos los rincones oscuros de esa pequeña recámara. Ese sol brillante de Albuquerque. Ese sol inolvidable. Había algo especial de esa luz de New Mexico. Eduardo no podía captar exactamente qué era. Si era ese cielo que brillaba con una azul que él nunca había visto, si eran los rayos de sol que jugaban con los cristales de las ventanas, creando pequeños arcoiris por toda la casa. Pintores de todo el mundo venían aquí por la luz, como polillas atraídas a una lámpara sin saber por qué. Suponía que esa era la razón por la que llamaban a New Mexico el "sunshine state". A él siempre le había gustado ese nombre. Como futuro escritor, apreciaba los pequeños detalles, en este caso la repetición de palabras con el sonido S. No solo le gustaba cómo las palabras interactuaban la una con la otra, pero también porque era verdad. New Mexico tenía 280 días soleados al año.

Oía la carne picada de los tamales que estaba preparando su madre. El olor entraba por los huequitos de la puerta hasta envolver la habitación entera como una manta cálida y segura. Pronto su madre le reclamaría en la cocina para ayudarle, pero por ahora podía apreciar ese pequeño momento de paz del día. Oía los pajaritos, los que residían en el gran arbusto justo al lado de su ventana. Chichiraban con un tono agudo pero relajante. Mientras los escuchaba, observaba su recámara. El color azul clarito bailaba por las paredes texturizadas. Le gustaba intentar encontrar dibujos en la pared. A veces veía perros, (un labrador para ser más exactos, se reconocía por esas orejas que colgaban tan delicadamente). En realidad su subconsciente buscaba sus sueños y sus metas. El labrador era un ejemplo, él siempre había querido tener un perro grande y poderoso, pero al mismo tiempo amable, que le consolara durante esas noches largas y tristes cuando no tuviera a nadie salvo al perro. Ese perro que le querría incondicionalmente.

Esa mañana no veía nada que le llamase la atención. Se giró hacia arriba, en el techo había unas estrellas que brillaban en la oscuridad. Le hacían gracia esas estrellas, eran puntiagudas, cuadriculadas y rectas, nada como las de verdad. Se las había traído desde su vieja casa, unas de las pocas cosas que se había podido traer. Uno no se da cuenta de cuánto tiene hasta que lo pierde todo.

Bueno, casi todo.

Una maleta grande, una pequeña, y una caja fue todo lo que se trajeron. Era gracioso eso, tener una vida entera llena de cosas, objetos, cada uno con un valor específico y sentimental, pero luego quedarse con una fracción de todo ello.

Eduardo suponía que era parecido a cuando morías, dejabas muchísimas cosas a tu familia pero al final ellos acababan tirándolo todo. O bueno, casi todo. Ellos no les encuentran ningún valor, pero tú sí. Un simple anillo para ellos es el anillo que te regaló tu primera novia, tu primer chupito que te hace entrar en el alcoholismo que es el amor. Una cuchara para ellos es para ti la cuchara que usabas para darle la papilla a tu primer hijo; cuando todo el mundo a tu alrededor se caía a trozos, pero esa sonrisa parecía que lo arreglaba todo.

Esta iba a ser la primera Navidad sin su familia. Ellos seguían en Juárez, México. Juárez se encontraba en el otro lado del muro de Trump, a cinco minutos del El Paso, Texas; pero parecía otro planeta desde donde se tardaban miles de años de luz para llegar a la vida 'americana'. Estas Navidades, serían él, sus padres y su hermano. Por eso, estaba decidido a hacerlas perfectas. Se levantó de la cama y se acercó a la cocina. Anduvo lentamente por el pasillo, sus pies descalzos tocando el parqué con la delicadeza de una bailarina. Su talón tocaba el suelo primero, y el resto del pie no dudaba en seguirle.

Cuando llegó a la cocina vio a su madre amasando. Sus brazos fuertes y robustos trabajaban en la granja. Su cabello, recogido en un moño triste y chafado con trozos grises y feos. Su madre en la época era unas de las más bellas de su pueblo, pero ahora la edad había dejado su huella en su cara. A veces Eduardo se preguntaba a sí mismo, ¿por qué su madre se casó bajo el falso principio del amor?

Parece la pregunta de un pesimista, o una persona que ha estado soltera toda su vida y ya simplemente no cree en el amor, pero no, era la pregunta de un chamaco. Un chamaco que tenía los ojos aún brillantes como los de un cachorrito cada vez que veía a la chica de sus sueños. Seguramente su madre podía haberse casado con un médico o un abogado, hubiera tenido 30 años más que ella, a Eduardo le hubiera dado igual. Ya no quería estar en esa casa, que ni siquiera se podía llamar una casa, donde las arañas salían de la bañera, hambrientas por saborear un trozo de carne humana. Donde las ratas dejaban sus restos y comían los alimentos de la cocina. Eduardo quería vivir la vida de los norteamericanos. Quería jugar al golf, quería ir a esos supermercados internacionales, quería gastarse dinero no por necesidad, sino porque quería.

Mientras Eduardo estaba perdido en esos pensamientos, su madre ya había notado su presencia. Giró su cara hacia su hijo menor y dijo con esa voz tan tímida y tan dulce que solo podría tener una madre "mijo, ¿qué haces ahí tan tranquilo? Ándale, que estos tamales no se hacen solos." Unas horas después, su hermano había finalmente amanecido de su recámara. Isaac tenía los pasos lentos y pesados, como un oso después de salir de una hibernación. Fue a la cocina buscando comida. En cuanto entró, Eduardo se sintió angustiado. Odiaba a su hermano, nunca se lo admitía a nadie; pero era verdad. Su madre había sacrificado tanto por ellos, pero su hermano no lo conseguía entender, y si lo entendía, le daba igual. Todo lo que hacía, a Eduardo le parecía insostenible, sentía odio hacia su hermano (que él no consideraba ni su hermano) y todos los días crecía más y más. Un agujero negro de toxicidad comiéndole de dentro hacia fuera.

"Buenas tardes mijo" dijo la madre. Su sarcasmo espeso, entrelazado con la saliva cuando salía de su boca. "Ya que te levantaste, ¿por que no vamos todos al "güendis"?". El "güendis" normalmente conocido como "Wendy's" por los americanos era tu típico sitio de comida rápida. No tenía nada de especial pero a Juana María le gustaba el cartel porque tenía una niña con coletitas y pelo rojo. Era una bonita sensación para Eduardo, no solo comer fuera sino tener a alguien sirviéndote la

comida, llevándotela a la mesa, limpiando para ti. Le subía el ego, una sensación que se volvía adictiva.

Y así fue el principio de un año en el infierno, con un simple viaje en coche a comer hamburguesas.

Estaba toda la familia en ese pequeño Ford Focus. Su padre, como siempre, conduciendo, su madre delante mirando al triste paisaje seco de Albuquerque. Al oeste. las montañas Sandía vigilaban la ciudad. Eran enormes, las montañas más grandes que había visto Eduardo en su vida. Estaban tapizadas de verde oscuro y clarito. La mezcla de los colores hacía pensar en un cuadro de Jackson Pollock. Mientras su madre contaba todos los coches azules que veía, algo que hacía desde chiquita, los hermanos estaban participando en la tercera guerra mundial.

"Eres un fag" dijo Isaac partiéndose. Eduardo no sabía lo que significaba eso, pero conociendo a su hermano, no sería nada bueno. Empezaron a discutir, su madre gritando, girándose detrás, su padre mirándolos por el retrovisor con una mirada fulminante, la típica mirada de "para ya o no te gustará lo que voy a hacer." Y se ve que su padre estaba tan distraído que no se dio cuenta, no se dio cuenta que un carril se había añadido a la izquierda de la autovía, no se había dado cuenta de que por allí iba un camionero también distraído sobre el límite, no se dio cuenta de que así moriría su hijo.

II

Eduardo no se acordaba muy bien de lo que había pasado en esas semanas después del accidente. Parecía todo como un sueño, como si nada de eso hubiese realmente sucedido, como si se lo estuviera imaginando todo. Recordaba las noches largas en el hospital, su madre y él compartían una pequeña manta mientras intentaban dormir en la sala de espera. Recuerda que su madre tenía miedo de que sin seguro médico no pudiesen pagar los tratamientos necesarios para que su hermano y su padre sobreviviesen en el hospital. Normalmente ella no hablaba de esas cosas con él, por eso le parecía tan raro, tan fuera de lugar que ella empezase a describir cómo se sentía. También recordaba al doctor saliendo y Eduardo

teniendo que traducir "I'm sorry but your son didn't make it", "su hijo está muerto". Su madre destrozada, sus sollozos haciendo un eco en ese hospital tan oscuro y tan vacío.

Luego estaba el funeral, su hermano con un traje, un traje que, si hubiera estado vivo, habría odiado. Su cara tan artificial y maquillada que parecía una de las muñecas que coleccionaba su madre. Su familiares de Juárez no vinieron a ese funeral surrealista. Solo estaba la gente del barrio, el cura y otros trabajadores de la iglesia, pero la habitación se sentía vacía.

Momentos así pueden unir a las familias juntas pero la familia de Eduardo era solo una triste imitación de Pangea. Su padre estaba sentado en su silla de ruedas porque él era uno de los "afortunados". El accidente *solo* le había dejado paralizado de la cadera para abajo. ¡Ah, claro!, y adicto a los opiáceos para intentar calmar el dolor. No se sabía si era el dolor de su cuerpo, o el dolor emocional que le seguía, pero algo era. Eduardo sabía que sin el sueldo de su padre, la vida económica de su familia iba a ser aún más insoportable. Sus sueños de una vida mejor desaparecieron lentamente.

Esa tarde volvieron a casa en silencio. Su madre se encerró en su cuarto, su padre desapareció y Eduardo se fue al salón. Cogió una de sus novelas favoritas de terror y, por primera vez desde que se habían mudado de Juárez, se sintió feliz.

Segunda Parte

I

Era el dos de enero y ya se habían acabado las fiestas. Eduardo se despertó con el sonido estridente de su alarma. Rápidamente se volteó para apagarla. Se vistió con su uniforme. Un polo que a la derecha tenía un parche que ponía: "Cottonwood Classical Preparatory School" y unos vaqueros negros. Eduardo aún no había procesado al 100% como había llegado a ese colegio. Todos hablaban de

la universidad, un concepto que para Eduardo siempre había sido algo inasequible y no “para gente como nosotros” como le había recitado tantas veces su madre. Aquí, los padres mandan los hijos a Europa durante el verano o para Pascuas, algo que le parecía una locura ya que el verano y las fiestas era la época donde había menos dinero y toda la familia necesitaba apretarse el cinturón para reducir gastos.

Pasó un peine por los enredos y ricitos de su pelo y se puso un poco de gomina. Veía que le salían unos cuantos pelillos del bigote. Decidió no afeitarse, total, ya estaba en el segundo semestre de su último año. Ya era hora de que pareciera un hombre. Quizás tenía esa ansia de crecer por las presiones que sufría en los Estados Unidos: los dieciséis, a conducir; a los dieciocho te compras tu pistola, y a los ventidos ya estarías casado con tus dos hijos. ¡Ay, sí!, así era la vida en la ciudad de Heisenberg.

Eduardo desayunó unos “frosted flakes” y se preparó su comida. Un sandwich de jamón York y queso, y unas papas “Pringles”. Era extraño no desvelarse con los gritos de su padre y su hermano. Recordó esa vez que su padre se enteró que su hijo mayor era camello. Desde entonces Eduardo le tenía que decir a la gente que su hermano se rompió el brazo jugando al fútbol, pero ese ojo decorado con un morado negro doloroso no se explicaba tan fácilmente. Su madre estaba avergonzadísima cuando iba a la iglesia pensando que todo el mundo sabía la verdad, incluyendo al todopoderoso Dios. Eduardo tenía la sospecha de que su padre había reaccionado con tanta agresividad, no porque su hijo estuviera vendiendo drogas, sino porque le molestaba que ahora fuera él quien sostenía a la familia. Nunca lo pudo confirmar.

Entró a la recámara de su madre. Era oscura, y aunque se suponía que había un cuerpo vivo dentro, se sentía vacía. Había un olor rancio y a velas apagadas. Agarró cinco dólares para gasolina y le dio un beso a su madre. Estaba fría, sus ojos parecían que se estaban hundiendo en su cabeza. Cuidadosamente cerró la puerta de la recámara y salió de la habitación. El aire fresco de fuera le dio una bofetada en la cara, despertándole enseguida. Se montó al carro, el viejo Ford.

Desde pequeño soñaba con conducir ese carro. Le había cogido cariño, era el carro con el que había crecido. Pero esos recuerdos felices habían sido apagados y se habían ido, como las llamas de las velas que siempre encendía su mamá, dejando solo el intoxicante humo negro para recordar lo que una vez fueron. Su padre ya no podía conducir y su madre siempre se inventaba una excusa, así que ahora, el coche era prácticamente suyo, como siempre había querido. Solo que no se sentía tan contento como pensaba que estaría. Hace unos años, hubiera matado por la oportunidad de conducir el carro al instituto solo, y ahora que no había opción no se sentía igual...

Giró la llave solo una vez, el motor se empezó a despertar, soltó un gruñido doloroso, pero nada. Otra vez giró la llave y el carro se despertó con un ruido viejo y cansado. Encendió la radio y se fue hacia la prepa. Había llegado cinco minutos pronto y el edificio no estaba abierto aún. Eduardo se encontró en su dilema diario. No quería quedarse en casa más tiempo, no soportaba la soledad y la sensación de vacío que se encontraba en su casa, pero si llegaba pronto no sabía qué hacer. Vivía en una especie de limbo. Un limbo vacío pero con muchos dilemas. Sí, era mexicano, pero no era *mexicano*, mexicano. Su piel era blanca, un poco amarilla. Su pelo castaño y con tirabuzones, no negro y liso como se esperaba. La gente mexicana de su instituto hablaba un tipo de mexicano diferente del que él hablaba en casa. Su padre venía de una familia con dinero, y antes de que lo perdieran todo le enseñó a hablar "bien", no como los indios. Con los mexicanos no se sentía a gusto, pero tampoco con los blancos. Cuando traía sobras de lo que había comido en casa, le miraban con caras extrañas, por eso empezó a comer sándwiches aunque no le gustaban. El pan se quedaba húmedo, casi mojado. El jamón York con una textura casi parecida a un borrador.

Empezó a avergonzarse de su propio nombre, de su identidad, de su cultura. A veces pensaba, mejor dicho, romantizaba con volver a México. Pero sabía que ahí tampoco estaría a gusto. Sus familiares le decían que tenía acento y no era realmente mexicano, era más gringo que otra cosa. Se burlaban de él por tener

educación de un colegio privado, por tener la más mínima aspiración de ir a la universidad. Pero aquí le decían que no era realmente americano. Entonces, ¿qué era? Solo una alma perdida.

II

El tema musical de todos los colegios americanos empezó a sonar. Todos los compañeros se levantaron y empezaron a recitar como robots.

"I pledge allegiance to the flag of the United States of America, and to the republic for which it stands, one nation under God, indivisible, with liberty and justice for all."

"Yo prometo lealtad a la bandera de los estados Unidos de América, y a la República que representa, una Nación bajo Dios, entera, con libertad y justicia para todos."

Todo el mundo movía la boca al mismo ritmo. Las vocales haciendo un pequeño eco, rebotando por las gargantas y las bocas, tocando todos los dientes, como un niño pequeño en una tienda. Pero detrás de un niño curioso siempre hay una madre diciéndole que pare. Y tristemente las vocales dejan la boca sin la juventud y felicidad que una vez tenían. Y ahí en el aire se mueren, el último susurro de curiosidad muriendo con ellas.

Hora: 7 y 15 de la mañana

Clase: física

Professor: Señor Johnson

Fecha: el 2 de enero de 2018

Tema: cinemática

El examen miraba a Eduardo desgraciadamente. Había estudiado, había escrito, había escuchado, pero realmente, no lo había entendido. Era como que estaba fuera de su cuerpo, observándose, observando que no entendía nada. La ansiedad subía como la marea, cubriendo todos los pensamientos racionales que pudiera haber tenido hasta el punto de ahogarse. Se empezó a fijar en todo menos en el examen. "Tik, tik, tik" el reloj coqueteaba con él. "Mírame, mírame" chillaba "piérdete en mí". "Ringgggg" sonó el timbre. El destino del examen fue peor que la muerte, una gran F mayúscula fue marcada en él. Sabía que cada F le alejaba de la posibilidad de una vida mejor. Miró a sus compañeros y la sensación de injusticia empezó a correr por sus venas como una sustancia ilegal

Tocaba tutoría, la clase de hoy, aprender cómo no morir en el instituto.

Eduardo entró a su clase y se encontró cara a cara con un policía. Enseguida sus niveles de ansiedad subieron. Sus manos empezaron a lubricarse de sudor, su corazón a bailar salsa. "Para", le regañaba una parte de su cerebro "que pareces culpable." Pero, ¿culpable de qué exactamente?, ¿De ser inmigrante?, ¿de tener la piel color café?, ¿de robar trabajos a los pobres anglos?, ¿de existir?.

El policía era un hombre grande y ancho, el triple del tamaño de Eduardo. Tenía un brazo lleno de tatuajes. Eduardo entrecerró los ojos un poco más, y se fijó que los tatuajes eran de personajes de "Star Wars", guerras de las galaxias. De repente una sensación cálida y pesada llenó su pecho, ¿Una sensación de asco?, ¿disgusto? Casi, pero no, no exactamente. Era una sensación que no podía poner en palabras. Se encontraba con esa figura de autoridad que estaba forzada encima de él. El policía que simbolizaba opresión y muerte. Ese hombre era completamente indiferente a si vivía o moría gente como Eduardo. No, no solo gente como él, humanos. Humanos con familias, padres y madres, hermanos y hermanas, tíos y tías.

Y ahora esta figura grotesca estaba aquí con sus tatuajes de cultura popular, con sus coloquialismos, con su aire de los *policías también son personas*. Pero no, no lo eran. ¿Porque, qué era realmente ser una persona, un humano? ¿Qué separaba a los humanos de los animales? ¿Y de la inteligencia artificial? ¿Era empatía? No, algunos animales también sentían eso. ¿Entonces qué era? ¿La capacidad de sentirse culpable...? Todos estos pensamientos corrían por su mente.

Quizás si Eduardo se hubiese encontrado en esta situación unos años más tarde, los términos A.C.A.B y black lives matter hubiesen aparecido en su cabeza. Pero en vez de las letras de revolución sonando en su interior, un nuevo acrónimo fue implementado sobre él, un nombre que nunca olvidaría, y que le costaría años asimilar el trauma que le causó.

El protocolo que les enseñó el policía (sin cara, sin nombre, sin alma) se llamaba A.L.I.C.E

Alert, alerta

Lockdown, cierra

Inform, informa

Counteratack, contraataca

Evacuate, evacúa.

O morir en el intento, porque tratar la enfermedad y no un simple síntoma no te hace americano. Eduardo solo quería ser aceptado...

La cafetería era una espacio pequeño y atestado, con un olor podrido y falta de ventilación. En ella había grupos de gente amontonados, todos charrando juntos y creando una sinfonía. Había el típico grito y risa estridente, pero era mucho más sereno comparado con los comedores en Juarez. Su "lugar" (si se podía llamar así) era con los otros mexicanos. No porque tenían mucho en común o porque eran mejores amigos. No, la razón a la vez de ser mucho más simple, era mucho más

compleja. Eran beaners, panchos, y la segregación en el país de los libres seguía dividiendo y colonizando. Como la vieja estrategia de guerras que aprendió en historia. Solo que esto no era una historia contada en un libro. No, era su vida.

Ahí estaban sentados sus amigos; Mario, Marisa, y Gabriela. Mario era bajito en comparación con sus compañeros americanos. Tenía el pelo largo con una textura que no se sabía si era rizado o solo enredado. Cada pelo vivió su propia vida. Unos iban hacia la izquierda, se convertían en bonitos tirabuzones, tan complejos de recrear, pero la naturaleza lo conseguía sin levantar un dedo. Otros pelos eran solo un desastre, sin forma ni vida definida, pero todos venían del mismo lugar y por dentro todos eran iguales. Mario siempre llevaba una sudadera negra un par de tallas demasiado grande y llena de agujeros. Eduardo no sabía si llevaba un artículo de ropa tan destrozado por elección o no, pero le daba vergüenza preguntar por no incomodar. Su cara era muy redonda, como la de un niño, hacía contraste con la barba espesa y revoltosa que casi se camuflaba con su pelo. Era una persona cálida, como una hoguera, que calentaba a todos a su alrededor.

En comparación con su otra amiga, Marisa, se notaba un cambio de temperatura, ya que era mucho más fría y callada. Siempre llevaba auriculares puestos escuchando o viendo algo. A Eduardo le intimidaba demasiado preguntarle que hacía. Tenía los ojos almendrados, oscuros, tristes, pero se veía una llanita de luz detrás de ellos. Era la misma llanita de luz que tenía él cuando cuando soñaba delante de su pared. Era una mezcla extraña entre deseos 'racionales' y hormonas galopantes. Marisa tenía las cejas espesas pero como si un dios hubiera meticulosamente pintado cada pelito a mano. Llevaba ropa ancha, normalmente sudaderas y pantalones chándal, pero a Eduardo le daba curiosidad ver lo que había debajo. No en un sentido sexual, aunque a veces se imaginaba cómo serían de novios, pero para ver lo que realmente había dentro de ella. Ver sus dudas, sus preocupaciones, lo que le hacía feliz, lo que no. Una parte oscura y racional de su mente le hacía dudar si de verdad quería conocerla a ella, o a sí mismo...

Gabriela era la más insoportable de todos. Era bajita y redonda con la cabeza cuadrada. Eduardo no solo basaba su disgusto con ella por su físico, aunque no le atraía para nada, pero eran sus acciones eran lo que más le repelía. Eduardo pensaba en Gabriela con el desprecio que los blancos deberían de tener hacia los mexicanos. Gabriela representaba todas las razones por las que él no era lo que podía ser. Tenía las ideas débiles, flojas, que cambiaban en cuanto soplaban un poco de viento de inseguridad. Eduardo odiaba eso. Pensaba que era la cosa más cobarde que podías hacer. Una persona así abría viejas heridas en el corazón de Eduardo. Él siempre había pensado e internalizado que sí, te pueden quitar tus cosas, tus casa, tus mascotas, tus seres queridos, pero nunca, nunca, te pueden quitar tus ideas, tu identidad. Ojalá fuese así, era un pensamiento infantil, pero tenía rasgos de pureza acogedores que se encontraban en él, una pureza que Eduardo había perdido demasiado joven.

III

Identityless (Adjective) Without identity

Identityless----sin identidad

Identityless en una frase

A Eduardo le acabó consumiendo la sensación de estar sin identidad.

Una actividad típica de los estudiantes de Cottonwood Classical Preparatory School (también conocido como C.C.P.S que para el gusto de Eduardo, era un acrónimo que se parecía demasiado a C.C.C.P de la vieja rusia soviética) era los viernes andar unos 10 minutos a un bar llamado starbucks. Starbucks era el refugio para los bourgeoisie y para Eduardo, que nunca había ido, era una especie de leyenda urbana. Había susurros de cafés costando 4 dólares, algo que eduardo pensaba imposible ya que estaba acostumbrado a un café de 100 y 150 pesos. También oía hablar de otras cosas como “*frappucino*” o “*mochas*” parecían el nombre algo de brujería o de una de sus sagas favoritas de cuando era pequeño, Harry Potter. Eduardo estaba ilusionadísimo de ir. Había oído tantas historias, colas

de jóvenes que llegaban hasta el parking, peleas, todo podía pasar un viernes por la tarde con la perfecta combinación de adolescentes, hormonas y cafeína.

Se trajo 3 dólares. Él suponía que le llegaría para un cafecito (igual hasta lo pediría con algo exótico como leche de coco o de soja) y una galletita. Entraron al bar siguiendo las otras manadas de gente del instituto. Siguieron un pequeño caminito refugiado de ese sol tan potente de Albuquerque hasta llegar adentro. En cuanto entró, todos los sentidos de Eduardo se activaron. Oía el café, fresco, recién salido de la cafetera como lo hacía su abuela. Podía oler cada grano de café individualmente y su nariz descifrar de dónde venía cada uno. Algunos de África, otros de Sudamérica, otros un poco menos lejanos como California y Oregón. Pero eso no era suficiente, su nariz quería oler aun más, y así lo hizo. Sentía olores picantitos como canela, jengibre y... y... El último olor le costó procesar. Era menta, suave picantito, refrescante.

Mientras su nariz intentaba captar todos los olores, sus oídos decidieron intentar procesar cada ruido en ese pequeño bar. Había una charreta constante, ni un momento de silencio, todos los sonidos se mezclaban juntos como una orquesta. Estaban las cuerdas: 18 violines primeros (el grupo al lado de Eduardo, el que él oía más fuerte), 15 violines segundos (el grupo de chavales en su primer año de instituto que estaban casi tan ilusionados como Eduardo, casi.), 12 violas (un grupo de chicas, todas chismeando y andando al baño juntas), 12 violonchelos (el camarero gritando, “que pase el siguiente”), 9 contrabajos (los coches pitando, pidiendo y pasando por la zona drive thru y haciendo sus pedidos), 1 ó 2 arpas (la musiquita del fondo sonando por todo el ambiente). Luego los vientos y maderas, 3 flautas (el ruido de la puerta abriéndose y cerrando con una delicadeza), 1 piccolo (el bebe llorando y gritando), 3 oboes (las voces graves de los nombres negociantes), 3 clarinetes (el sonido de las sillas rascando el suelo cuando se movían), 1 clarinete bajo (el “tas ras ras” de la cucharita restregándose contra la taza), 3 fagotes (el ruido del aire mientras se movía por las tuberías), 1 contrafagot (el delicado ruido de la luz colgante moviéndose para adelante y para atrás). Los

metales: 4 cornos (los ruidos de los niños fuera jugando al pilla pilla y al escondite), 4 trompetas (el sonido de gente particular masticando su hielo con un “crunch”, 3 trombones (el ruido que hace la pajita cuando queda poca bebida), 1 tuba (una voz penetrante de un señor hablando por teléfono. Su voz impregnaba el ambiente tranquilo de un viernes por la tarde). Finalmente la percusión: timbales (el “el trac trac trac” de la chica mezclando una bebida, platillos (el sonido que hacia la cafetera para alertar a todo el mundo que el café ya estaba listo), campanas (la nata saliendo del recipiente de aluminio”, tambor (el ruido que hacía cuando mezclaban todos los ingredientes para hacer una bebida maravillosa), y finalmente el gong (otra chica abriendo un brick nuevo de leche).

Estaba tan distraído por todo a su alrededor que no se había dado cuenta que ya era su turno hasta que el chico de antes le reclamó para que pasase. Eduardo ni había visto el menú. Miró hacia arriba y se encontró con nombres rarísimos. Decidió tomarse un simple café y un croissant como había decidido. “Serán 5 dólares--reclamó”. Eduardo estaba casi por echarse para atrás, pero una sensación de vergüenza, pura y dura llenó su cuerpo. Una de sus pesadillas era estar en la cola con sus compañeros y no tener suficiente dinero. Pensaba que lo tenía calculado, esa matemáticas prácticas que se usan todos los días se le daban muy bien, pero cuando estaba allí, el miedo mandaba sobre sus cálculos. Era una sensación horrible, no tener suficiente dinero para tomarse algo como todos los demás. Finalmente cuando se sentía agusto, aceptado, había otra cosa que le separaba de los demás. Siempre había algo. Eduardo pagó solo un café, un café simple aburrido y pequeño y se fue, prometiendo nunca volver.

IV

Al día siguiente, cuando todas esas terribles sensaciones ya pasaron, Eduardo y sus amigos decidieron quedar un sábado soleado por la mañana. Fueron al centro comercial Coronado. Sí, el estado que encontró tanto prestigio en su diversidad nombró un centro comercial en honor de un asesino de pueblos indígenas. Sí, esto era normal. Aparte de drogas, peleas, y pandillas, los

adolescentes albuquerqueños tenían poco que hacer. Normalmente sus planes caían en una de estas tres categorías:

1. Ir al centro comercial
2. Ir a un parque
3. Quedarse en casa de alguien.

Hoy eligieron la primera opción. En cuanto llegaron, las típicas Albuquerqueces estaban sucediendo. Había un grupo de cuatro chavales saliendo de la tienda corriendo y siendo perseguidos por dos policías. Se ve que el grupo decidió sacrificar al más débil para su bien, porque cuando los policías pillaron al chico con los pantalones cargos y la sudadera negra, nadie paró, ni siquiera giraron la cabeza, como si todo esto fuese tan normal. Unos de los policías, que le debería haber sacado 60 kilos al pobre chaval, le agarró y lo tiró al suelo con toda su fuerza. Después de ver eso, su grupo de amigos se alejaron del asunto. No querían "causar más problemas". Pero Eduardo no podía romper el contacto visual que había surgido entre él y el chico. Era un chico morenito, pero veía que su cara se estaba volviendo roja. Sus ojos grandes y asustados, como un niño pequeño que ha perdido a sus padres en la tienda. Sus ojos le recordaban a los de su hermano justo antes de morir. Cuando los carros se chocaron, Isaac se giró y miró a Eduardo con esa misma cara. Esa cara de miedo en su forma más pura, miedo a morir, a lo que venía después, miedo a ser otra simple estadística lanzada de partido político a partido político como si fuese una pelota de tenis. Miedo de morir solo.

Tercera Parte

I

Después de despedirse de sus amigos, Eduardo entró una vez más en el carro. Puso las dos manos en el volante y empezó a dudar. Sería tan fácil escaparse ahora. Conducir, conducir y conducir, nunca girándose para atrás. Por un momento

dejó que su mente le guiase con el plan, miró en su cartera, contó sus 8 dólares. ¿A dónde le podrían llevar 8 miserables dólares? Igual Denver, Colorado si no tocaba mucho el acelerador. Su primo vivía ahí, la familia tenía una taquería y una casa muy bonita. Eduardo tenía muchos pensamientos de este tipo. Desde pequeño siempre le habían dicho que tenía una gran imaginación, pero una parte dentro de él se sentía asustada por este pensamiento en particular. Esta vez no era solo una simple idea volando por su cabeza, atada a nada ni nadie. No, esta vez este pensamiento estaba nublado de emociones. Emociones que, como una ola de niebla mientras conduces, no le dejaban ver claramente. Empezó a pensar y recordar a su hermano. Su pecho se llenó de rabia, su cuerpo completamente en tensión, sus manos tan apretadas sobre el volante que se estaba clavando las uñas.

Pero le daba igual. Su hermano les había dejado, les había dejado con esta mierda de vida. Quizás pueda parecer casi chistoso culpar al muerto por fallecer en un accidente. Si, tendría más sentido culpar al conductor del otro carro, o incluso su padre. Pero no, para Eduardo era todo culpa de Isaac. Isaac era el que se estaba peleando con él detrás del carro, Isaac era el que distrajo a su padre, Isaac se merecía morir por todo el sufrimiento que trajo. Era un parásito para la familia, chupando cada gota de felicidad y creciendo más y más todos los días. Y solo hay una forma de tratar con los parásitos.

Eduardo empezó a meter la llave en la cerradura. Suavemente y con mucha delicadeza empezó a girar hacia la izquierda. La pequeña luz encima de la puerta le saludaba. Sin falta su madre la encendía todas las noches, incluso la noche del funeral. Tampoco era tan tarde, pero Eduardo quería hacer poco ruido para no despertar a su madre. Ella trabajaba limpiando casas y se despertaba todos los días a las 5. No solo eso, pero debido a sus niveles de paranoia, tenía el sueño extremadamente ligero. La puerta era traidora, la bisagra chillaba con cada pequeño movimiento que hacía. Era una puerta turquesa, típica de New Mexico, con el color que representa una de las cuatro direcciones sagradas de la vida pueblo, la dirección del suroeste.

En cuanto abrió la puerta, el gran pasillo le dio una especie de bienvenida en el lenguaje en que se comunicaba la casa. Sonidos agrietados y rajados salían de los respiraderos. Sí, Eduardo estaba en casa. Siguió andando por la casa, arrastrando su mano por las paredes para guiarse hasta su cuarto. Y ahí es cuando vio la luz, y debajo a su madre. Parecía un cuadro religioso: la luz, la luz de Dios, desbordando del cielo. Bajo ella, la Virgen. Su pelo largo nadando hasta sus caderas, el negro brillando tanto debajo de la luz que parecía azul. Llevaba su camisón blanco, su camisón de pureza, de fe... Pero cuando se fijó en su cara ya no le parecía un cuadro del renacimiento. Era larga, puntiaguda. Estaba mirando a las palmas de las manos, sus ojos negros y furiosos, como los de una cabra, la cabra que representaba a Satanás. "Mijo"--su voz afanaba sus oídos, la voz de esa cosa, esa... esa... "Mijo, ¿Estás bien?"

Eduardo volvió a la realidad. Su madre no era el diablo, casi lo opuesto, tenía los ojos grandes con preocupación, se notaba que estaba llorando. Los lados de los labios estaban temblando. Eduardo se fijó en que no estaba mirando las palmas de sus manos antes, "¿Como se pudo haber equivocado tanto?" Pensó, sí, claramente eran cartas. Varias cartas blancas pero las últimas ya tenían el sello rojo que señalaban una urgencia inconmensurable. Finalmente Eduardo entendió por qué su madre estaba tan preocupada. "Mijo, van a ejecu-" Eduardo sabía lo que iba a decir, pero no quería oír las palabras salir de su boca. Si no ya sería verdad, ya no sería un pensamiento detrás de su mente que solo aparece en las horas tristes de la noche.

II

La noche era rara, Eduardo se acostó pero en vez de ser perseguido por sus pensamientos insomnes hasta el punto de no poder dormir, se sentía casi alegre. "¿¡Alegre!?" Su madre estaba sufriendo, angustiada con preocupación, su padre estaba desaparecido, iban a perder la casa ¿y se sentía feliz?" Pues sí, porque finalmente era el protagonista, era el que iba a salvar a esta familia. Toda su vida, el futuro de los Garcías había estado puesto en las manos de Isaac. Isaac el listo, que

será médico, abogado. Isaac el guapo, el lindo, que se casara y tendrá hijitos preciosos. Dios, pensó Eduardo, estaba muerto pero seguía ahí. Burlándose, susurrando en su oído. Hasta su querida madre no paraba de hablar de él. Pero no era su culpa, ella solo fue una víctima de su manipulación.

Finalmente él, el héroe, acabó con el sufrimiento de su querida mamá. Hoy Eduardo se había despertado con una nueva pasión, el aire su alrededor frío. No, frío no, frígido. Como el aire que circularía alrededor de un monstruo. El aire con un olor amargo, ácido. El aire que hueles en un sótano. Y mezclado en estos olores estaba lo peor de todo, la ignorancia, una percepción del mundo completamente absurda. Así como los nazis se creían los salvadores de Alemania, Eduardo no quería enfrentarse con el monstruo en su interior.

Fue al baño para alistarse. Encendió el grifo, agarrando el agua que salía como si fuese oro. (Oro líquido...) Se la llevó hacia arriba hasta que sus manos y sus labios se juntaron, y tímidamente empezó a beber. Puede que no lo hiciera conscientemente pero una parte de él tenía la pequeña paranoia de que el agua estaba envenenada. "¿Por quién?" Preguntarán ustedes, pues para Eduardo estaba más claro que esa misma agua: era Isaac. No sabía cómo ni cuándo, pero sabía que había envenenado el agua. Se alejó del grifo y fue hacia la puerta del baño, pero antes de eso se encontró con otra cara mirándole en el espejo. Era él, sí, se podría decir, pero sus pupilas eran grandes, gigantes, como si estuviese extasiado. Su sonrisa era gigante, grotescamente forzada. Era una figura extraña, pero había algo familiar, algo que le invitaba a lo que Eduardo se acercó, algo... algo...

III

Su madre estaba otra vez en la silla de la mesa del comedor, casi exactamente igual que Eduardo le había dejado anoche. Claramente era imposible pero a Eduardo le parecía gracioso que estuviera casi en la misma posición de anoche. Por un momento, un momento minúsculo, un momento tan pequeño que ni él mismo se dio cuenta, estaba seguro que algo le pasaba a su madre. Él juraba que cada día la veía más delgada, ahora estaba al punto que sus manos no eran nada

salvo tendones debajo de una manta finita de piel. Había un olor insoportable, Eduardo abrió todas las ventanas pero parecía que había impregnado la casa. Cuando finalmente se había relajado en el sofá sintió varios golpes en la puerta delantera. "POLICÍA". Exclamó una voz detrás de la puerta "ABRA LA PUERTA YA Y SALGA CON LOS BRAZOS EN ALTO". Eduardo sabía que la policía podía entrar perfectamente sin su ayuda, así que aprovechó el momento para despedirse de su madre. Boom. La puerta, la puerta turquesa, la puerta de felicidad y de paz se abrió con un gruñido.

Albuquerque News

Un joven mexicano de nombre Eduardo García (17 años) fue arrestado por triple homicidio. Los fallecidos son sus dos padres y su hermano mayor. La policía apareció en el lugar el crimen después de ser avisados por un cura que hacía tiempo que no veía a Juana María en la iglesia. El abogado del joven argumenta que el señor García está clínicamente enfermo sufriendo de varias enfermedades mentales, incluyendo esquizofrenia. La policía nos dice que García sigue estando bajo la impresión de que su hermano murió de un accidente de coche cuando en realidad fue estrangulado, con DNA de Eduardo encontrado alrededor de su cuello. Se piensa que sus padres intentaron escapar, pero Eduardo clavó un cuchillo en la columna vertebral de su padre, dejándole paralizado los días antes de su muerte. Su madre parece que falleció en una forma parecida, pero se encontró vestida en su vestido de boda. Aún no se sabe si el joven Eduardo es realmente consciente de todo lo que ha hecho, si irá a la cárcel, o a un centro de menores.

